

Ayer la dueña de los siglos eras
Y madre de profetas y de reyes,
Tus calles son ahora madrigueras
De fariseos y bastardas greyes;

Oh ¡ cuántas veces sonreí al deseo
De cobijarte así cual la gallina
A sus hijos con plácido cloqueo
Y no quisiste sino oprobio y ruina!

¡ Maldición sobre ti! ¡ Toda la medra
De tu historia inmortal caiga al profundo;
Que no quede ni piedra sobre piedra
En tus muros, escándalo del mundo!

Y sus labios selló.

La sombra crece

Y se ensancha, se ensancha, cual sudario;
Lápida funeral, luégo aparece
La luna en las siluetas del Calvario.

En los prados dormitan ya las flores,
Los rayos estelares no iluminan,
Y las aves de amor, los ruisseños,
En las riberas del Cedrón no trinan.

El canto de davidicos salterios
A la amorosa invocación no brota,
Dormido está el paisaje entre misterios,
Sombrió el corazón, el arpa rota.

FR. P. FABO
Candelario

Algo sobre mucho

El año presente en que la patria colombiana ha celebrado el primer centenario de su independencia, ha sido de alta glorificación para el Colegio del Rosario. El andar de un siglo le ha dado á la vieja ciudad de los virreyes mu-

cho del agitado vivir de las metrópolis modernas y de lo que existía hace cien años, sólo queda hoy en pie, como roca asentada en granito, este Colegio, con los mismos trazos que le señaló su fundador, y quien entonces le vio y ahora le viera, sólo advertiría como ejecutorias de su larga vida, las mordeduras tenaces pero impotentes que en él han dado los tiempos, y las señales de las recias borrascas que en tempestad deshecha, han batido sus muros y hecho estremecer sus cimientos. Y en esta estabilidad que pasa los lindes de lo admirable y excepcional, en un país ávido de cambios y vaivenes, no sólo se observa intacto el claustro colonial, con los ensanches que las épocas reclaman, sino también el mismo espíritu cristiano con que al nacer alentó sus tareas y que ahora como entonces vive pujante en el programa de sus estudios; espíritu propio á levantar las almas á nobles ideales y á grandes empresas y que supo transformar á los que con él se habían nutrido de jóvenes ajenos á los azares de Marte, en héroes de talla inmortal en las épicas é innúmeras jornadas de la Magna Guerra; espíritu de poderosas é inagotables virtudes, pronto á acercar y asimilarse todo elemento bueno, toda sana tendencia, todo progreso legítimo, pero que se escuda con triple acero contra las vedadas innovaciones y los peligrosos desvaríos en la filosofía y en las letras; que afianza y robustece el entendimiento en las investigaciones científicas y da alas á la fantasía para que vuele por los campos infinitos del arte y llegue pura al cielo de la luz y de la esperanza.

Este modo de vivir del Colegio permite que los estudiantes de hoy se sientan camaradas de los que respondían á lista hace un siglo: frescas están en aulas y pasillos las muestras de su paso por estos claustros; en la biblioteca, conservados con fraternal respeto, reposan los libros de sus lecturas predilectas, anotados por ellos el mismo día en que dejaron la vida disciplinada de los estudios para seguir el afanoso trajín del campamento; en los paredones vetustos se admira en caracteres de ejemplo, el adiós postrero que á

este hidalgo solar de sus sueños juveniles dieron al ir á rendir la vida por la patria. Este sentimiento de compañerismo que se establece entre los que han vivido bajo estos techos y recibido una común enseñanza para el entendimiento y para el alma, y que en vez de amenguar se acrecienta al través del tiempo y del espacio, ha hecho que los estudiantes aquilaten su orgullo de ser hijos del Rosario y de llevar en el pecho el escudo de Calatrava al ver que por avenidas y plazas se levantan las estatuas de los que ayer tenían señalado puesto en las prácticas del Colegio y que por ellos se regocija hoy entusiasmado un pueblo y en su honor se llenan de música los aires, y el cañón ensordece los ecos, y oradores y poetas pregonan la fama de sus hechos inmortales.

Ni cómo no ejercer poderosa influencia en los que aquí se educan al considerar que las constituciones que los rigen son las mismas que hicieron nacer en los héroes de la independencia la idea de una patria libre y les dieron para llevarla á término feliz la fe inquebrantable que realiza imposibles; la grandeza de alma que no vacila ante los parapetos del miedo y el temple de carácter, sin el cual las empresas mejor meditadas caducan y se desvanecen. El recordar que esas constituciones fueron factor esencial en la gran epopeya americana, y que las glorias más puras de la República de ella vienen por la ciencia, el heroísmo y el sacrificio de sus hijos. El pensar que seguirán siendo el alma fecunda de incontables generaciones. Y estos pensamientos que se imponen al joven que adelanta el paso por estos claustros y revuelve por ellos la mirada, hacen que sienta purificada la atmósfera moral y levantada el alma, y es porque el espíritu no muere, y el de los hijos ilustres del Rosario sigue viviendo y anda entre nosotros, libre del curso del tiempo y del capricho del hombre.

Y á este Colegio destinado para ir al frente de todos los establecimientos de instrucción de Colombia; que agita delante de ellos la antorcha de las luces y les sirve de modelo

y de guía, le ha tocado en suerte tener por Rector en la fecha clásica de la independencia al Dr. Carrasquilla, digno por su patriotismo, ilustración y vastos talentos de ser el conductor de la juventud que estudia y piensa y de formarla en el vivo y ferviente amor á la República, él que siente correr por sus venas sangre de patricios preclaros y que oyó de sus labios encendidos todavía por las voces de la victoria cuánto se debe á la patria; él que con sus ejemplos y lecciones fomenta la legítima y santa libertad y logra que sus alumnos, convirtiéndola en sangre y en sustancia, no descansen, no alienten, no vivan sino con ella. Así lo tienen entendido las gentes, y por eso los padres se congratulan de colocar á sus hijos bajo la amplia y hábil dirección del Dr. Carrasquilla, que les enseña á amar á su país, á respetar la autoridad, y sin reticencias ni abdicaciones, á velar por la tolerancia y por la armonía social. Saben además la influencia decisiva que tiene para los jóvenes los primeros pasos en el camino de la filosofía y las humanidades y la necesidad de que un maestro eminente como el Dr. Carrasquilla, aparte la tiniebla que los circunda y despierte su entendimiento á la verdad y su corazón al bien, para que lleguen á ser ciudadanos ilustrados y probos y recuerden siempre que deben llenar las esperanzas que en ellos tiene puestas la patria.

Una de las notas esenciales del Rosario es la disciplina suave pero estricta que preside sus tareas y que no sólo ejerce su poder aquí adentro, sino que acompaña al alumno fuera del Colegio y forma en él y para siempre el hábito del orden. Cuando sonó el clamor de independencia no figuraron los estudiantes del Rosario entre las turbas gritadoras, pero en el día de prueba fueron los caballeros sin miedo y sin tacha que hicieron caer el invicto pendón de Iberia y destruyeron el poderío del rey en las hermosas tierras de América. Cuando todo régimen ha sido puesto á prueba entre nosotros sin salir airoso, el del Rosario, sin necesidad de esfuerzo, no ha sufrido el más ligero menos-

cabos, y consiste, por lo que se refiera á la época presente, en que la autoridad va del superior al alumno por modo tan suave y como animada por un estrecho compañerismo, que la obediencia se hace fácil y eleva el espíritu en vez de deprimirlo; en que el Rector acorta por el cariño la distancia que lo separa del discípulo, y en la cátedra, en las inolvidables pláticas de la capilla, y en la conversación familiar, le hace tomar por este instituto el amor y el respeto que se debe á la casa de los mayores, y logra interesarlo tanto por él, que el joven sólo piensa ya en mantener limpia la honra y fama de su claustro. Si alguno cierra el oído á toda insinuación y anda á rebote contra toda disciplina, el Colegio lo pone fuera de su acción sin esfuerzo visible, y muchas veces contra toda providencia superior. Esta manera de eliminación, que aparta todo elemento irreductible, hace que el Colegio conserve su nivel, sin que sean parte á rebajarlo ninguna clase de esfuerzos, y pone de manifiesto que por encima de toda dirección puramente humana hay una divina que preside sus destinos.

Es un título de honor ser del Colegio del Rosario. Quien ha vivido en él y lo deja por haber terminado el programa de los estudios, lleva la honda satisfacción de haber correspondido al ideal del fundador que levantó esta casa para morada de nobles, es decir, de caballeros. Y la nobleza tal como se entiende en la vida republicana, significa un temperamento dócil á toda influencia vigorizadora; una naturaleza pronta á todo delicado propósito; una voluntad que con el ejemplo levantado y la palabra de vida adquiere la consistencia del temple toledano; una alma seducida por las atracciones del bien y un carácter que tiene por mayor exponente y única orientación el deber.

La nobleza que atrae y que subyuga no es la que se funda en títulos que descolora el tiempo, y no vigoriza el mérito, sino la que nace del esfuerzo propio, de la lucha interna que perfecciona el ser intelectual y moral y hace que adquieran su pleno desarrollo, en luz y en fuerza, las

nativas prendas del espíritu. Esta nobleza es la que quiere el Dr. Carrasquilla y la que desenvuelve el Rosario con los poderosos medios de que dispone, con el ejemplo de un pasado selecto y con su amplio plan de estudios. La juventud en su legítima ambición por brillar, anda animosa el camino de las letras y de grado se somete á las prácticas escolares para merecer con justicia los altos puestos que sirven de recompensa á la ilustración y al talento. Pero á veces, cuando anda sin enseñanzas ni guías, equivoca la senda, desecha como fardo pesado las investigaciones serias, no se detiene en la meditación de las lenguas, de las ciencias, de la historia y de la filosofía; no se deleita en las obras de los pensadores y deja al entendimiento sin oficio en el lugar de lo secundario y de lo inútil. Al libro del economista y del filósofo sucede la fácil lectura de la novela, la revista y el periódico, propia á dar esa ilustración vaga, sin fundamento ni consistencia, que forma los semisabios y los eruditos á la violeta, y cuyos frutos lucen apenas al sol de un día. Sólo el estudio reflexivo y profundo forma los hombres eminentes en las letras, la diplomacia, el periodismo, la magistratura y la tribuna. Sólo él prepara el talento que conquista la fortuna y da el carácter que la domina.

El joven que ha formado su gusto en las obras inmortales de Grecia y de Lacio; su lengua en los mejores modelos del decir castellano; su inteligencia en las doctrinas del Angel de las escuelas, andará sin miedo de equivocarse el camino por los dominios del arte; pondrá en sus obras los encantos del estilo, no sentirá las tentaciones de la duda en el revuelto campo de la polémica; lucirá con gloria en el parlamento; llevará luz y acierto á los negocios del Estado, y si llega á ponerse al frente de una nación, será un hábil y sabio conductor de hombres.

Entre los títulos que á la gratitud del Colegio tiene el Dr. Carrasquilla no es el menos el afán que con plausible acierto se ha tomado, en formar profesores hábiles, para lo cual fundó la Facultad de Filosofía y Letras. Entre nos-

otros la instrucción pública anda harto decaída. Está lejos de merecer la atención que se le presta en los países más cultos de Europa. No hay estímulos para los que se dedican á servirla, pero á pesar de todo, un grupo de jóvenes, sin parar la atención en carreras lucrativas y de brillo, se han consagrado de corazón á la del magisterio por medio de buenos y concienzudos estudios. Los gobiernos no han examinado bastante el número de elementos aprovechables que para la cultura nacional encierra en su seno esta Facultad. Le ha faltado para que se desenvuelva y marche, la voz alentadora de los altos poderes, pero hay una que la mantiene en pie y la hace seguir adelante: es la del Rector: voz de consejero, maestro y amigo.

Para ejercer la medicina ó la abogacía es menester un título de idoneidad dado por la facultad respectiva, y al que sin él invade estos dominios del humano saber, la ley lo excluye y la lengua lo moteja con sus más depresivas palabras. Ninguno endereza el telescopio al cielo para estudiar la marcha y revolución de los mundos siderales sin estar hondamente versado en las ciencias astronómicas; y sólo para estudiar y modelar este arcano que se llama el hombre, cuyo cerebro está pronto á recibir la luz que ilumina y fecunda ó el fuego que incendia y devora y en cuya mano juega con igual destreza la regla que nivela ó el hacha que destruye, cualquiera es osado, sin preparación conveniente, sin título ninguno, á oficiar en el sagrado de la enseñanza, sin advertir que lo que toma entre las manos es el corazón y el entendimiento de un pueblo.

Para merecer el hermoso dictado de maestro son indispensables esfuerzos superiores, aplicación continua, incansable paciencia, vocación verdadera, y se han de unir en vigorosa lazada la virtud, la ciencia y el talento, para que la enseñanza responda al noble y grande fin de su destino. Ninguno en Colombia reúne tan excelsas cualidades como el Dr. Carrasquilla, y ninguno como él sabe trasmitirlas mejor á sus alumnos.

Su verbo, que es luz y fuerza y dirección, llevará su influencia bienhechora por dilatadas edades, y los jóvenes orientados por él trabajarán sin tregua en su propio perfeccionamiento, repitiendo en su labor las palabras con que el inmortal Goethe saludaba á los estudiantes de la patria alemana: *Immer zu, Immer zu*. Adelante, siempre adelante!

ANGEL MARÍA SAENZ

Octubre de 1910

Claustro amado!

(Al Colegio del Rosario
en el primer centenario de la Independencia patria)

I

Muestras ¡oh Claustro amado! al peregrino
Que dueño te halla de tu propia alteza
Como de un templo el esplendor divino,
Como de Roma la imperial grandeza.
Cuando dice la patria en sus altares
Que el hacedor de su epopeya fuiste,
Cuando se oyen los himnos á tus lares
¡Cómo dudar que tu grandeza existe!
Tus hijos en las mudas galerías
Con que tu gloria secular señalas,
Pregonan lo pequeño de los días
Que ya no engendran las gigantes alas;
Esas que amaban siderales lumbres,
Que escalaban las rocas de los mares
Y de los Andes las invictas cumbres,
Sino aves ya de limitado vuelo,
Que si escapan el polvo de la tierra
Rayar no pueden el azul del cielo.
¡Cómo pudiera hoy ver impasible